

# CAMPOS DE CASTILLA

ANTONIO MACHADO



ILUSTRADO POR DAVID DE LAS HERAS

# CAMPOS DE CASTILLA

ANTONIO  MACHADO

ILUSTRADO POR  
DAVID DE LAS HERAS

# Campos de Castilla

[Nota preliminar: Versión adaptada de la primera edición de *Campos de Castilla*, Renacimiento, 1912. Se han corregido las erratas y los errores tipográficos observados]



# Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,  
y un huerto claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido  
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,  
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,  
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;  
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética  
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard:  
mas no amo los afeites de la actual cosmética,  
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso, como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debeisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.





# A orillas del Duero

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.  
Yo, solo, por las quebras del pedregal subía,  
buscando los recodos de sombra, lentamente.  
A trechos me paraba para enjugar mi frente  
y dar algún respiro al pecho jadeante;  
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante  
y hacia la mano diestra vencido y apoyado  
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,  
trepaba por los cerros que habitan las rapaces  
aves de altura, hollando las hierbas montaraces  
de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.  
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo  
cruzaba solitario el puro azul del cielo.  
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,  
y una redonda loma cual recamado escudo,  
y cárdenos alcores sobre la parda tierra  
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,  
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero  
para formar la corva ballesta de un arquero  
en torno a Soria. —Soria es una barbacana  
hacia Aragón que tiene la torre castellana—.

Veía el horizonte cerrado por colinas  
oscuras, coronadas de robles y de encinas;  
desnudos peñascales, algún humilde prado  
donde el merino pace y el toro arrodillado  
sobre la hierba rumia; las márgenes del río  
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,  
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,  
¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros—,  
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas  
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas  
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble  
de Iberia y de Castilla.



¡Oh, tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos, ni arboledas;  
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aún van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.  
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada  
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?  
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;  
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.  
¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra  
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,  
madrasta es hoy apenas de humildes ganapanes.  
Castilla no es aquella tan generosa un día  
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,  
ufano de nueva fortuna y su opulencia,  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;  
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,  
pedía la conquista de los inmensos ríos  
indianos a la corte, la madre de soldados,  
guerreros y adalides que han de tornar, cargados  
de plata y oro, a España en regios galeones,  
para la presa cuervos, para la lid leones.  
Filósofos nutridos de sopa de convento  
contemplan impasibles el amplio firmamento;  
y si les llega en sueños, como un rumor distante,  
clamor de mercaderes de muelles de Levante,  
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?  
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando. De la ciudad lejana  
me llega un armonioso tañido de campana  
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.  
De entre las peñas salen dos lindas comadreja;  
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen  
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen.  
Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.